

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

FACULTAD DE FILOSOFÍA

Departamento de Filosofía, Lógica y Filosofía de la Ciencia



TRABAJO FIN DE GRADO

**Dios y la figura del suicida: una
aproximación a los planteamientos de
Hume y Mainländer**

Presentado por: Adrián Jiménez Rodríguez

Tutora: Jéssica Sánchez Espillaque

Sevilla, 2021

Resumen

El suicida ha sido considerado frecuentemente como una figura despreciada a lo largo de toda la historia de la filosofía y la literatura, salvando algunas excepciones. Con los planteamientos que han sido elaborados tanto por David Hume como por Philipp Mainländer se pretende mostrar que esa actitud despectiva no está justificada, haciendo énfasis en los escenarios donde Dios influye o no de alguna forma en el mundo. Se intenta conseguir de este modo una imagen renovada y más completa de aquel que decide acabar con su vida sin llegar a ofender a Dios, la sociedad o sí mismo.

Palabras clave: Dios, voluntad de vivir, voluntad de morir, pesimismo.

Abstract

The suicide has been considered a despised figure throughout the history of philosophy and literature, with some exceptions. With the approaches that have been elaborated by both David Hume and Philipp Mainländer, it is pretend to show that this contemptuous attitude is not justified, emphasizing the scenes where God influences or not in some way in the world. In this way, an attempt to made a renewed and more complete image of the person who decides to end his life without actually offending God, society, or himself.

Keywords: God, Death, Will to live, Will to death, Pessimism.

*Dios y la figura del suicida: una aproximación a los
planteamientos de Hume y Mainländer*

Índice

| | |
|---|----|
| 1. Introducción | 4 |
| 2. Observaciones generales. Aproximación histórico-filosófica al acto del suicidio.... | 7 |
| 3. Hume: ofensas hacia la divinidad, la sociedad y el sujeto | 14 |
| 3.1. Ofensas a la divinidad..... | 14 |
| 3.1.1. Ataduras de un suicida: superstición, Iglesia y Dios..... | 14 |
| 3.1.2. Primer argumento: La causalidad como producto de la voluntad de Dios... | 15 |
| 3.1.3. Segundo argumento: Sobre el lugar especial del hombre en el cosmos..... | 17 |
| 3.2. Ofensas a la sociedad | 18 |
| 3.3. Ofensas a uno mismo | 19 |
| 3.4. Reflexiones finales..... | 21 |
| 4. Mainländer. Filosofía de la redención: suicidio ante la ausencia de Dios | 23 |
| 4.1. Ideas básicas de la obra..... | 23 |
| 4.2. La física de Mainländer: El sufrimiento como movimiento y el destino del mundo | 26 |
| 4.3. Metafísica de la inmanencia: Dios, la muerte y el hombre..... | 30 |
| 5. Conclusiones | 35 |
| 6. Bibliografía..... | 39 |

1. Introducción

El trabajo presentado tiene como objetivo mostrar cómo es tomada la figura del suicida en dos ámbitos específicos: ante la presencia o influencia de Dios en el mundo y su extremo opuesto, es decir, un segundo panorama donde se parte de su inexistencia. Además, realizamos un recorrido escueto pero profundo de cómo ha ido transformándose la figura que nos disponemos a estudiar a lo largo de la historia del pensamiento y la literatura.

Con lo señalado anteriormente se pretende traer diferentes argumentos y sistemas filosóficos que muestren la importancia de uno de los múltiples problemas que trata la filosofía, a saber: el suicidio. Especialmente se han escogido los dos planteamientos mencionados ya que tienen como nexo común: la figura de la divinidad, cuya consideración resulta crucial a la hora de tomar como culpable o víctima al suicida, términos que tradicionalmente se le han atribuido. De algún modo podemos ver que se da ese traspaso en la genealogía que presentamos en este trabajo para señalar cómo el suicida ha pasado de ser verdugo de sí mismo a un sufriente que no puede soportar más la existencia en el mundo.

La metodología aplicada tiene una base sustancialmente hermenéutica en tanto que exponemos los textos, sus contenidos y la articulación que podemos extraer de ellos para finalmente llegar a conclusiones que sean fructíferas y amplíen nuestros horizontes de sentido y significación respecto al tema. Quizás dichas conclusiones no sean afirmaciones ni orientaciones en el transcurso de la problemática del suicida, pero sí ponen el foco en su problemática, que es otro de los objetivos fundamentales del presente trabajo.

Por otro lado, debemos afirmar que el objetivo de este estudio no pretende hacer apología del suicidio a través de los argumentos introducidos en el trabajo por algunos de los autores mencionados, solo y únicamente son tomados para mostrar la complejidad del asunto que nos acompaña y desechar el prejuicio contra esta figura que ha estado, por otra parte, muy arraigada a él en gran parte de nuestra historia. En este sentido podríamos decir que en la actualidad hay fuertes vínculos que unen esta problemática al ámbito clínico y psicológico; de alguna manera este estudio también pretende poner en pie que dicha incertidumbre tiene raíces que atañen específicamente a la filosofía y no podemos

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

dejar atrás si realmente queremos tener una visión integradora sobre un problema que cada vez más acaba afectando a muchos de los que existen y permanecen en el mundo.

En el tiempo en el que Dios es juez del hombre y de sus actos podremos observar una postura muy rígida e inmisericordiosa de sus creyentes hacia la figura del suicida donde dicho sujeto si quiera podrá encontrar algún tipo de redención después de su muerte, sino más bien una perpetuación de su sufrimiento. Si contraponemos este escenario a uno donde Dios ha dejado de existir (que no significa que nunca haya existido) la situación cambia y encontramos una comprensión mayor hacia el suicida porque su aguante ante el sufrimiento ya no está justificado y no debe seguir siendo un mártir. Por ello nos parece fructífero contraponer ambos planteamientos e intentar en la medida de lo posible arrebatar la carga negativa que se ha asociado a la figura del suicida de manera frecuente.

Los autores que representan cada una de las posturas que trataremos son David Hume (1711-1776) y Philipp Mainländer (1841-1876). El primero de ellos se centra en atacar firmemente los argumentos eclesiásticos que han sido utilizados para condenar al suicida tomando como base la doctrina de la Iglesia. Sin embargo, Mainländer presenta un estudio donde Dios existió, pero decidió dejar de hacerlo encontrándose con la imposibilidad de pasar del puro ser a la nada y recurrir a una inexistencia gradual que se da en la multiplicidad, o, en otras palabras, en nuestra realidad. En este sentido la existencia sería el deseo de Dios hacia la nada, por lo que no existe una libertad auténtica en el hombre, ya que todos de alguna manera servimos al mismo fin: la degradación de las fuerzas dirigida a la nada a la que aspiraba la divinidad. Al fin y al cabo, el objetivo de ambos autores no es justificar el suicidio y alentar a realizarlo como sí lo hacen otros, sino más bien mostrar que los argumentos que se han tomado como claros en el fondo son rebatibles (en el caso de Hume). A su vez exponer que el hombre tiene como vía tomar su propia vida y acabar con ella, aunque eso signifique acabar con el propósito de su existencia (como expone Mainländer), pero en ningún caso se realiza una condena.

Con la articulación de los planteamientos de los autores que hemos mencionado (sirviéndonos también a su vez de otros) como tarea principal aspiramos a mostrar una imagen en la que el suicida se deshaga de las críticas que se le han atribuido de forma peyorativa para comprender finalmente que no se trata meramente de un estado de la mente en el que hay insuficiencia de algunos neurotransmisores como podría defender la neurociencia o la psicología actual, sino que más bien el fenómeno del suicidio integra

objetos de estudio de manera multidisciplinar. En lo que a nosotros respecta, la presencia o no de Dios en el mundo, el sufrimiento, la melancolía, el amor, el honor o la angustia, son elementos a tener en cuenta cuando tratamos el suicidio porque estos en muchos casos son los que se encuentran tras una de las decisiones más radicales que el hombre puede tomar con su propia vida, si no la que más.

Para concluir, nos gustaría defender que el hombre es valioso e importante, y no se entienda que se pretende endiosar al hombre, más bien tomar en consideración que su vida también lo es y aunque algunas o muchas de ellas estén sumidas en la desesperación y la desorientación más profunda pueden volver a orientarse y encontrar la esperanza. Aunque el sentido de una vida se haya esfumado o quizás nunca estuviese, debemos recordar que siempre pueden crearse nuevos sentidos que nos alienten al movimiento y la lucha. De este modo finalizamos rescatando dos citas que nos parecen inspiradoras y pueden promover una búsqueda de sentido mientras, con coraje, nos volvemos cada vez más fuertes:

Los creadores son duros, en efecto. Y bienaventuranza tiene que pareceros a vosotros el imprimir vuestra mano sobre milenios como si fuese cera, – bienaventuranza, escribir sobre la voluntad de milenios como sobre bronce, – más duros que el bronce, más nobles que el bronce. Sólo lo totalmente duro es lo más noble de todo. Esta nueva tabla, oh hermanos míos, coloco yo sobre vosotros: ¡endureceos! – (Nietzsche, 2019, pp. 173-174)

El hombre no debería cuestionarse sobre el sentido de la vida, sino comprender que es a él a quien la vida interroga. En otras palabras, la vida pregunta por el hombre, cuestiona al hombre, y este contesta de una única manera: respondiendo de su propia vida y con su propia vida. Solo con la responsabilidad personal se puede contestar a la vida. (Viktor Frankl, 2019, p. 137)

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

2. Observaciones generales. Aproximación histórico-filosófica al acto del suicidio

El suicidio ha sido y sigue siendo uno de los actos humanos más debatidos, tanto es así que la cuestión permanece presente en nuestra actualidad. Ha tenido tanto detractores como partidarios que han hecho del debate un tema presente y urgente desde los albores del pensamiento.

Es necesario que comprendamos las diferentes posturas que se han tomado frente a esta acción radical, prestando especial interés a los conflictos subyacentes y los argumentos que ofrece la postura eclesiástica y religiosa. Puede tomarse una imagen panorámica de las principales posturas del pensamiento desde la Antigüedad greco-romana hasta nuestro presente, permitiendo ubicar y acercar la discusión sobre la problemática.

El mundo clásico tuvo una actitud ampliamente detractora respecto al suicidio por dos motivos principales: primero, por causar una ruptura violenta del equilibrio que existe entre el alma y el cuerpo, y, en segundo lugar, por suponer un desafío contra la divinidad. Este último argumento sería refutado férreamente por pensadores posteriores, como por ejemplo el filósofo inglés David Hume, cuya posición expondremos más adelante. Los clásicos tenían muy en cuenta, por influencia pitagórica, la noción de armonía. Esta noción choca de manera frontal con el acto suicida y esto se debe a que mientras se vive el alma y el cuerpo mantienen su tensión de forma equilibrada, pero al cometer el hombre el suicidio se da un desajuste entre ambos términos, el cuerpo fallece y el alma vuelve al mundo ideal.

El suicidio más reconocido de la Antigüedad fue el de Sócrates. Platón lo narra en el *Fedón*, aunque no podemos considerar el acto socrático como un suicidio genuino ya que es apaciguado y racional¹; una acción realizada debido a una condena impuesta desde la exterioridad. Pero lo primordial en el acto suicida es que debe darse la afirmación de la propia muerte desde la autonomía de aquel que lo comete. Aristóteles en su *Ética*

¹ La *libido moriendi* es el término que recoge la actitud totalmente opuesta: un suicidio visceral y apasionado. La irracionalidad impulsa ferozmente al suicida a acabar con su vida.

Nicomachea también trata la cuestión y se muestra firme respecto a su postura en la línea platónica:

La ley no manda suicidarse y lo que no manda, lo prohíbe (...) el hombre que voluntariamente, en un arrebató de ira, se mata a sí mismo, lo hace en contra de la recta razón, lo cual no lo prescribe la ley; luego obra injustamente. (Aristóteles, 1995, pp. 264-265)

No solo sucede que se va contra la armonía del cuerpo y el alma como expresa Platón o contra la ley como expone Aristóteles, sino que también Séneca repudia el suicidio (Séneca, 1986), especialmente cuando aquel que lo comete deja afectadas a otras personas como por ejemplo pueden ser la familia o los amigos. Aunque encontremos una actitud negativa frente al suicidio en la cultura clásica antigua, podemos observar dos contextos respetuosos hacia los suicidas. Pero ello no implica una glorificación y mucho menos una justificación de los mismos ni de su acto. Nos referimos a los suicidios por actos heroicos y los realizados por amor desenfrenado.

Los suicidios heroicos merecían un respeto hacia aquel que se sacrificaba voluntariamente. Esto sucede porque se pone énfasis no tanto en la muerte como tal, sino en la forma de morir que resalta en los héroes su decencia y equilibrio. Por otro lado, los suicidios femeninos a causa del amor son tomados con respeto porque muestran la pureza de grandes pasiones de carácter desinteresado. Su nobleza hace que el acto se tome con respeto, pero sin defensa posible. Sin embargo, uno de los suicidios por amor más señalados de la Antigüedad es narrado por Virgilio en el libro IV de la *Eneida*, donde Dido acaba con su vida de manera violenta mostrando una *libido moriendi* señalada: “Hablabá aún y venla sus doncellas sobre la espada desplomarse, el hierro espumar con la sangre y esparcirse las manos” (Virgilio, 2019, p.144). En tanto que se dá exacerbada e irracionalmente es criticada duramente por Virgilio.

Si avanzamos hasta el mundo cristiano y la Edad Media podemos encontrar un rechazo aún más feroz hacia el suicidio del que ya tenían los antiguos. La postura combativa de la Iglesia se asentó a partir de San Agustín, ya que con anterioridad el suicidio era una práctica común por parte de los mártires como final heroico. La vida es el mayor regalo que Dios le ofrece al hombre, por lo que el suicidio sería el mayor pecado que el hombre puede cometer; tanto, que no hay cabida para la redención y el perdón. Era

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

tomado principalmente como una muestra de debilidad de las almas más puras (Zambrano, 2006).

Tomás de Aquino reforzó las bases eclesiásticas contra el suicidio exponiendo tres motivos fundamentales:

Es absolutamente ilícito suicidarse por tres razones: primera, porque todo ser se ama naturalmente a sí mismo, y a esto se debe el que todo ser se conserve naturalmente en la existencia y resista, cuanto sea capaz, a lo que podría destruirle. Por tal motivo, el que alguien se dé muerte va contra la inclinación natural y contra la caridad por la que uno debe amarse a sí mismo; de ahí que el suicidarse sea siempre pecado mortal por ir contra la ley natural y contra la caridad. Segunda, porque cada parte, en cuanto tal, pertenece al todo; y un hombre cualquiera es parte de la comunidad, y, por tanto, todo lo que él es pertenece a la sociedad. Por eso el que se suicida hace injuria a la comunidad. Tercera, porque la vida es un don divino dado al hombre y sujeto a su divina potestad, que da la muerte y la vida. Y, por tanto, el que se priva a sí mismo de la vida peca contra Dios, como el que mata a un siervo ajeno peca contra el señor de quien es siervo; o como peca el que se arroga la facultad de juzgar una cosa que no le está encomendada, pues sólo a Dios pertenece el juicio de la muerte y de la vida. (Santo Tomás, 1990, pp. 533-534)

Los argumentos de Santo Tomás se centran en cuestiones de tipo individual (mantener la propia vida), social (el suicidio va contra la ley) y divino (no puede usurparse el poder de Dios de decidir sobre la vida).

A pesar de ello, se sigue matizando sutilmente el suicidio amoroso como excepción dentro de la propia línea medieval, aunque igualmente se condena de manera tajante. Respecto a estas sutilezas, Dante en *La Divina Comedia* realiza una distinción peculiar, en la cual encontramos a suicidas cristianos en el séptimo círculo del Infierno sin redención posible. Sin embargo, pueden encontrarse otros suicidas paganos en círculos diferentes habiendo cometido el mismo pecado. Esta distinción provendría del respeto que tenía el propio Dante a los clásicos y al pensamiento antiguo (Zambrano, 2006). Por lo que en su obra más capital podemos apreciar la doctrina y posición genuina de la Iglesia, además de esta desviación personal que refleja la admiración del autor italiano hacia sus predecesores.

En el Renacimiento se encuentra una mayor libertad respecto al suicidio, al margen incluso de la posición eclesiástica. El realce del individuo permite una nueva relación con la divinidad, una relevancia de la autoconciencia y la importancia que posee

el poder de la razón individual (Zambrano, 2006). El suicidio por amor se intensifica en autores como Shakespeare con *Romeo y Julieta* y sigue siendo motivo suficiente (aunque a veces no respetado) para cometerse.

Por otro lado, Montaigne fue uno de los primeros autores que en sus *Ensayos* reflexiona sobre la problemática sin dejarse influir por la moral cristiana. No lo enaltece, pero sí muestra mayor comprensión con aquellos que deciden suicidarse, preguntándose: “¿Qué ocasiones son lo bastante justas para que un hombre tome el partido de matarse?” (Montaigne, 1998, p. 35), llegando a la conclusión de permitir tal acto cuando el sufrimiento es insoportable o cuando la muerte es denigrante; haciendo resaltar de nuevo el honor y la importancia de la forma en la que se muere. Junto con Montaigne también encontramos otros autores como Erasmo que toma en buena consideración a aquellos que tienen la valentía de terminar con su sufrimiento vital.

Aparecen en este momento atisbos de lo que será una justificación o explicación del suicidio como problema anímico. John Donne, siendo un poeta religioso, considera que el suicidio tiene una relación importante con el temperamento de cada uno, y esto mismo es lo que lo hace legítimo (Zambrano, 2006). La desesperación comienza así a proclamarse como motivo que justifica el acto que cometen los suicidas, en tanto que se presenta como melancolía². A raíz de dicha enfermedad aparecieron algunos ensayos como los de Robert Burton que consideraba la melancolía como un exceso de bilis negra (Zambrano, 2006). Pero lo relevante de la cuestión es el giro que se toma respecto al trato con la figura del suicida: hay una superación de la criminalidad que supone el suicidio a tomarlo como una decisión involuntaria que debe cometer para aliviar la carga insoportable que pueda atormentarle. De este modo ya no tomamos al suicida como verdugo de sí mismo, sino como víctima.

Este primer traspaso se enfatizará de manera radical en los racionalistas del siglo XVIII. Montesquieu en *Cartas Persas* expone la idea de no amarrar a los hombres a una vida llena de sufrimiento a través del personaje de Usbek:

Cuando me abrumba el dolor, la miseria, el desprecio de los demás ¿por qué quieren impedirme que ponga fin a mis penas, y así, privarme cruelmente de un remedio que está

² La melancolía estuvo muy extendida como enfermedad en la aristocracia de la Inglaterra de los siglos XVI-XVII.

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

en mis manos? (...) La sociedad se beneficia en el beneficio mutuo, pero cuando para mí es una carga, ¿quién puede impedirme que renuncie a ella? La vida me ha sido dada como un favor, por tanto, puedo devolverla cuando deje de serlo. (Montesquieu, 1997, p. 76)

Para Montesquieu los principales motivos que animaban al suicida inglés a arrebatarse la vida tenían conexión con el clima, ya que la constante neblina y oscuridad del ambiente inducía a estar más propenso a la melancolía. Al igual que Burton, encuentra al suicida como una víctima y no como un sujeto de culpa.

Voltaire también se pronuncia respecto a la problemática en su *Diccionario Filosófico* sorprendiéndose de aquellos que prefieren morir antes que vivir, pero remarca que la decisión debe ser estrictamente personal y a su vez legítima si aquel que desea cometerlo sufre o es desdichado. Lo innovador de Voltaire es señalar y estudiar la creciente tasa suicida en los habitantes de la ciudad frente a los de pueblo, o el hecho de tomar la genética como razón influyente en el estado anímico e influir en la tendencia hacia dicha “solución” vital.

Aunque aparezcan autores que siguieron reforzando un cambio hacia la actitud que se tomaba respecto a los suicidas y el suicidio en sí, también podemos encontrar otros autores que como Kant seguían rechazándolo y yendo contra él. El filósofo alemán argumentaba que el primer deber del hombre como animal es la autopreservación (en sintonía con el primero de los motivos de Santo Tomás). Con el suicidio se rompe este deber, por lo que queda totalmente rechazado (Zambrano, 2006). Lo cierto es que la mayoría de autores racionalistas tienen una visión más permisiva y empática con los suicidas. Esta actitud seguirá desarrollando e incluso enfatizándose una vez llegado el Romanticismo.

El *Wether* de Goethe fue un fenómeno social dado al máximo nivel en la época romántica. Tanto es así que influyó en la indumentaria de los hombres para asemejarse al protagonista. Es probable que debido al contenido de la obra y su trágico final sumado a la influencia que tuvo en la sociedad de los siglos XVIII y XIX, se produjera un aumento significativo de suicidios. Como tal la novela no alaba el suicidio, sino que lo trata como elemento central de la misma acercándose a cómo trataría la actitud moderna la problemática.

En la obra encontramos, en primer lugar, una primacía de la subjetividad. Esta permite comprender el calado y la importancia personal que tiene el acto del suicidio,

además de señalar la propiedad intransferible del mismo. En segundo lugar, se puede apreciar con facilidad cómo el suicidio se vuelve el tema central de la obra, ya que mueve toda la narración (Zambrano, 2006). Goethe realiza una síntesis entre la visión antigua de justificación del suicidio y la visión de renacentistas y racionalistas, donde el protagonista va cayendo anímicamente hasta el punto en que su salvación o recuperación ya no es viable. El descenso vertiginoso de este ánimo es producido fundamentalmente por buscar lo imposible, y específicamente focalizado en el amor, que fracasando en lograr el amor del amado o amada aboca a la depresión teniendo como desenlace el suicidio.

Finalmente, terminando el siglo XVIII podríamos inaugurar la época moderna que se caracteriza por un cambio de mentalidad significativo desarrollado durante los siglos XIX, XX e incluso XXI.

Encontramos una mezcla explosiva entre melancolía, nihilismo y rebeldía, que acabará por caracterizar al suicida. Schopenhauer en su obra cumbre *El mundo como voluntad y representación* no defiende el suicidio como una solución factible al sufrimiento del hombre en el mundo. La voluntad es irreductible e indestructible por lo que cuando se produce el suicidio solo acaba la vida del sujeto en cuestión. Suicidarse, por tanto, no muestra una negación real de la voluntad de vivir, sino todo lo contrario, una afirmación desesperada de la voluntad. El problema se comprende al observar que el sujeto no está conforme con las condiciones de vida que le ha tocado soportar, y ello lo lleva a desear otra vida inalcanzable que le hace cometer el acto tan radical que estamos tratando. Aun con todo lo expuesto, Schopenhauer acepta el suicidio en términos generales, aunque no le encuentre sentido. Considera que la elección de existir o no de cada individuo debe ser respetada.

Nietzsche, por su parte, defiende firmemente el suicidio ya que lo encuentra como un consuelo para el hombre, además de dar valor e importancia a poder decidir morir cuando uno cree que debe hacerlo. El eterno retorno, noción fundamental dentro del pensamiento del filósofo alemán, reduce la gravedad de dicha práctica, pues por su circularidad toda muerte acaba volviendo a la vida. Por otro lado, ya en el siglo XX, aparece el que sería el fundador de la filosofía del absurdo, Albert Camus. *El mito de Sísifo* se vuelve su obra más representativa respecto a esta cuestión, exponiendo que la vida está vacía y es absurda, es decir, no tiene sentido ni significado. En la obra se presentan tres posibles respuestas a la aparición del absurdo: el suicidio, la fe y la aceptación. Sorprendentemente a lo que pueda pensarse, Camus no termina por defender

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

el suicidio ni la fe, sino que su propuesta va orientada a enfrentar el absurdo de la existencia desde la rebeldía y la aceptación del sin sentido. Ese orgullo que se genera al afrontar la vida vacía es lo que en último término impediría el suicidio (Camus, 2018).

En este recorrido histórico y filosófico que abarca y recoge hitos importantes de la literatura universal, podemos ver cómo de manera palpante el tema del suicidio siempre ha tenido relevancia. Al fin y al cabo, que un sujeto decida acabar con su existencia y arrebatarse todas sus posibilidades futuras no puede pasar desapercibido. En el siglo XXI, el problema sigue siendo central, pero parece que no se le da la importancia que realmente merece. De modo que afirmamos que debería darse un valor especial a la cuestión del suicidio. Ahora más que nunca, ya que el nihilismo y el absurdo han invadido al hombre de forma radical y se siente profundamente desorientado.

Para realizar la tarea de traer a nuestro tiempo dicha problemática expondremos a continuación una comparativa entre dos autores: Hume y Mainländer, poniendo especial interés en cómo la figura de Dios, o la divinidad en general, puede influir de una manera excepcional en la problemática del suicidio. Las posturas están contrapuestas, ya que el primer autor refuta argumentos donde Dios influye en el mundo, mientras que el segundo se encuentra en un escenario donde el creador ya no existe y el individuo queda marcado por este hecho.

3. Hume: ofensas hacia la divinidad, la sociedad y el sujeto

En las páginas que siguen se pretende realizar un estudio específico en base a los planteamientos del filósofo inglés David Hume sobre las posibles ofensas que se pueden producir debido al acto característico del suicida: acabar con su vida. Las posibles ofensas son específicamente: ante Dios, la sociedad, o uno mismo. Viendo cada uno de los diferentes escenarios se puede obtener una visión diferente sobre el suicida y no solo como mero culpable, que es el modo en el que generalmente ha sido considerado a lo largo de la historia.

3.1. Ofensas a la divinidad

3.1.1. Ataduras de un suicida: superstición, Iglesia y Dios

Hume fue un autor del siglo XVIII que arremetió de manera firme contra aquellas creencias que volvían culpables a los suicidas. Específicamente contra aquellos planteamientos que sostenía la estructura eclesiástica del momento y sus posteriores condenas.

Para obtener solidez en la defensa de sus argumentos la Santa Iglesia tenía a su disposición su herramienta más efectiva, a saber: la superstición. Esta ata a los hombres y mujeres y los engaña, pues está fundada en falsas opiniones (Hume, 1988). El suicida, como se ha mencionado en el estudio preliminar, puede ser un individuo atormentado de manera radical por su sufrimiento. Puede llegar a librarse de su dolor y de su carga a través de la muerte, pero por el influjo y el poder que la superstición ejerce en el doliente frena sus futuras acciones para no llegar a ofender a Dios. Hume lo expresa con las siguientes palabras:

Y a pesar de que un solo paso podría alejarnos de las regiones del dolor y de la tristeza, las amenazas de la superstición siguen encadenándonos a un existir que odiamos y que ella misma [la superstición] ha contribuido de modo principal a convertir en algo insoportable. (Hume, 1988, pp. 122-123)

Añadido a todo lo anterior, puede comprenderse con facilidad el terror que la muerte produce por sí misma, pero podríamos aportar diferentes elementos que actúan

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

como freno ante la acción propia del suicida: las amistades y la ya mencionada superstición. De este modo el hombre acaba por perder todo poder sobre su vida. O bien se siente culpable por aquellos a los que puede dañar con su ausencia, o bien no desea ofender a la divinidad. De un modo u otro su libertad ha quedado reducida.

El objetivo principal del filósofo inglés trata de mostrar que el suicidio no se presenta como una ofensa hacia la divinidad. Para ello, se servirá de diferentes ejemplos y discutirá las tesis fundamentales por las cuales el suicida se vuelve culpable.

3.1.2. Primer argumento: La causalidad como producto de la voluntad de Dios

El primer argumento que propone Hume se explica en los siguientes términos: todo lo que sucede es obra de Dios en cierto modo y la providencia divina no se ve reflejada en los acontecimientos particulares sino en la articulación del todo. Sumada a esta concepción también debemos tener en cuenta todo lo relacionado con el hombre, es decir, sus pasiones, sus acciones, etc. (Hume, 1988).

Sin embargo, observando este planteamiento, para Hume se genera una pregunta acerca del sentido sobre el que se juzga a aquel que no tiene fuerzas para continuar:

¿Qué sentido tiene, por consiguiente, el principio que afirma que si un hombre, cansado de la vida y perseguido por el dolor y el sufrimiento, decide escapar de tan cruel escenario, provoca con ese acto la indignación de su Creador al estar interfiriendo en los planes de la divina providencia y trastornando el orden del universo? (Hume, 1988, p. 126)

Además, se afirma que las leyes que forman los hombres, de igual manera que las de la naturaleza y lo animal, están regidas por las leyes generales de la divinidad (Hume, 1988). En consecuencia, se ha dotado a los animales y al hombre con la posibilidad de intervenir en el orden de lo natural. Es más, sería oportuno añadir que sin esa autoridad o autorización no se podría subsistir. Si el hombre no pudiera actuar en el mundo se encontraría encerrado en sí mismo, estaría inhabilitado y en quietud hasta llegar a perecer.

Con estos planteamientos nuestro autor nos muestra que los hombres no tienen un lugar especial en el universo y están domeñados de igual forma que los animales y la naturaleza a las leyes de Dios. Aunque de manera retórica cabe preguntarse: ¿Acaso no

puede darse el caso de que el arrebatarse la vida pueda llegar a dar provecho en algún momento?

El problema se nos presenta cuando se comprende que el hombre se ve diferente a ojos de la divinidad en relación a los otros elementos de la creación, o sea, está en un orden superior. Sin embargo, el argumento considera que toda la creación y los actos que se dan en ella vienen regidos por la voluntad de Dios. Dándose esta condición no puede decirse que el hombre intervenga en el orden del universo y lo desequilibre, ya que se sobreentiende que Dios tiene en cuenta que estos sucesos pueden llegar a suceder.

Por otro lado, si la vida humana solo fuera disponible para la divinidad e intervenir en ella se considera insulto a la creación, entonces igual de culpable sería aquel que intenta preservar su vida. La cuestión es que no puede llegar a ser un insulto a la creación llevar a cabo una acción que evitaría la desdicha del hombre. En palabras de Hume:

¿Por qué habría de ser un acto criminal el que yo desviase unas cuantas onzas de mi sangre de su curso natural? ¿Podría alguien imaginar que estoy violando los planes de la Providencia o maldiciendo el orden de la creación porque yo deje de vivir y ponga punto y final a una existencia que, de continuar, haría de mí un ser desdichado? (Hume, 1988, p. 128)

Aquel que sostiene que un individuo no puede arrebatarse la vida se está quejando a su vez de Dios. El Creador estaría obligando a los desdichados a permanecer en una vida con dolor, pobreza y sufrimiento. Por este motivo la contraargumentación de Hume nos puede resultar tan reveladora, a saber: En un primer momento se presenta que el suicida es el que ofende a Dios, pero el filósofo inglés señala que aquel que se queja de que no se debe dar el suicidio se está quejando también de la divinidad, en tanto que permite que los hombres vivan y carguen con el sufrimiento de sus vidas.

Al fin y al cabo, morir por suicidio sería el mismo tipo de muerte que si un animal matara a un hombre o una roca lo aplastara, es decir, todo se da mediante la mano de Dios (Hume, 1988). Nadie ni nada puede alterar el plan de la divinidad, por mucho que se intente hacer. Por lo cual, el suicidio como prevención del horror que se podría (pre)ver en el futuro no cabe dentro de la rebelión del hombre contra la divinidad, sino que ella misma ha permitido esos acontecimientos.

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

3.1.3. Segundo argumento: Sobre el lugar especial del hombre en el cosmos

El segundo de los argumentos sostiene que en aras de un profundo humanismo el hombre se ha considerado muy importante y con un puesto crucial en el universo. Además, se asume que también tiene una relación especial con la divinidad.

A pesar de todo, Hume defiende el azar de la existencia, es decir, cada individuo llega al mundo por una serie de causas de tipo aleatorio. Los defensores de la providencia exponen que incluso esas causas son consentidas y guiadas por la propia providencia. El filósofo inglés acaba por replicar dicho argumento:

Si ello es así, tampoco mi muerte, aunque sea voluntaria, tiene lugar sin su consentimiento; y cuando el dolor o la tristeza superan mi paciencia hasta el punto de hacer que me canse de la vida, puedo sacar la conclusión de que se me está pidiendo, en los más claros y expresivos términos que deje mi puesto. (Hume, 1988, p. 130)

De nuevo la contraréplica de Hume nos muestra que los que ofenden a la divinidad son los mismos que afirman su providencia. El verdadero insulto se da al pensar que una criatura cualquiera puede perturbar el orden del mundo o interferir en los planes de Dios.

El hombre no puede llegar a tener un lugar especial en el cosmos otorgado por Dios y a la vez tener libre albedrío para escapar de la providencia e influir en el destino del universo. Asimismo, si la providencia se mantiene, el suicidio no puede llegar a ser una ofensa hacia la divinidad en tanto que cabe como posibilidad, y la acción, en último extremo, vendría dirigida por la voluntad de Dios.

El valor del planteamiento de nuestro autor se encuentra ya no solo en realizar una defensa contra la crítica y las ofensas que se le hacen al suicida desde las creencias eclesiásticas; sino más bien mostrar que tener esas supersticiones son la auténtica ofensa hacia Dios. Pensar que el hombre puede llegar a influir en el plan de su propio Creador se presenta como la auténtica blasfemia.

A raíz de todos los argumentos anteriores, encontramos que no existe una libertad genuina cuando se defiende la divina providencia. La involucración de Dios de manera directa o indirecta en el mundo arrebató la posibilidad de una libertad en sus criaturas, ya que se les construye un destino específico que no pueden cambiar.

Con este último argumento quedan expuestos los planteamientos por los cuales el suicida no ofende a la divinidad.

3.2. Ofensas a la sociedad

Cuando un individuo pertenece a una sociedad se beneficia de las ventajas que se le brindan, pero a cambio se le pide producción para la misma. Es una relación simbiótica donde se generan pactos que tienen como objetivo final el bienestar de la comunidad. John Locke, junto con los llamados teóricos del pacto³, expuso una serie de argumentos por los cuales los individuos desean pertenecer a una comunidad. Esta es una de las muchas interpretaciones de Estado que se han expuesto a lo largo de la historia de la filosofía política, pero presentándola podremos comprender mejor las ideas que defiende Hume.

Por una parte, los hombres desean proteger su propiedad, de modo que, en primer lugar, es necesaria una ley que establezca lo que es bueno y lo que es malo. Las ambiciones que mueven a cada individuo pueden variar y al final estos dejan de obedecer para guiarse por sus propios criterios egoístas. En segundo lugar, es necesario una figura de autoridad imparcial que decida sobre los conflictos de los hombres según las leyes que se hayan establecido. Y, por último, haría falta un poder que permitiese a los ciudadanos asegurarse de que las sentencias a las que se llegan a través de la figura imparcial se cumplen, de lo contrario no habría seguridad en que las leyes sean útiles (Locke, 2019).

Teniendo en cuenta lo anterior, puede señalarse que una vez que un individuo sale de la sociedad (en este caso no por exilio, sino por el acto suicida) ya no tiene la responsabilidad de ser productivo en ella. Aun así, Hume (1988) pone en primer lugar el valor del individuo frente a la sociedad en tanto que este podría argumentar: “No estoy obligado a hacer un pequeño bien a la sociedad, si ello supone un gran mal para mí” (pp. 131-132). Llevando el argumento a su máximo extremo se podría deducir que en alguna situación estar vivo sería un impedimento a la prosperidad de la sociedad, o que alguien

³ Nos referimos específicamente a Thomas Hobbes y Jean-Jacques Rousseau.

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

fuese mucho más útil que ese individuo y realizase mejor su labor. En estos casos el suicidio no sería solo inocente, sino admirable (Hume, 1988).

Para ejemplificar las tesis anteriores téngase en cuenta la siguiente situación: Un hombre es condenado a muerte por algún delito grave y este antes de su ejecución decide suicidarse, ¿acaso se puede juzgar su acto? Según los argumentos que nos aporta el autor inglés no, por dos motivos: El primero de ellos se refiere a que el condenado no iría contra la providencia divina, sino más bien contra la sentencia del juez que lo ha condenado, y, en segundo lugar, la sociedad se beneficiaría de eliminar a un ciudadano que la perjudica.

En conclusión, si un individuo se encuentra enfermo y melancólico y decide suicidarse su acto no puede ser juzgado ni condenado. Primero porque no estaba sirviendo correctamente a la sociedad, y, por otro lado, su retiro permite que otra persona haga mejor y de manera más eficiente la labor que ejercía el suicida. Hay que hacer hincapié en que no se alienta ni defiende el suicidio con los argumentos anteriores, sino que sirven como muestra para comprender que el suicida no acaba por ofender a la sociedad.

3.3. Ofensas a uno mismo

Cuando la enfermedad, el sufrimiento o la edad hacen de la vida un peso insostenible, puede comprenderse que arrebatarla libraría dichos males. La cuestión es ¿cuándo merece conservarse la vida? ¿en todos los casos? Hume (1988) defiende que todos los hombres han vivido sus vidas cuando sabían que merecía la pena vivirla: “Creo que ningún hombre ha renunciado a la vida si esta merecía conservarse” (p. 133).

Además, el filósofo inglés afirma esta tesis teniendo en cuenta el terror que nos produce la muerte. Ningún hecho por insignificante o trivial que fuese podría dar la fuerza necesaria para que la muerte fuese deseada. Si hubiera un sujeto que tuviese una vida próspera donde la salud se mantiene, el dinero es abundante y el amor en sentido amplio está desarrollado, y aún con todo decidiese suicidarse, posiblemente podría haber sufrido —afirma Hume— una *melancolía espiritual*⁴. Este tipo de crisis se presenta como una

⁴ Este tipo de melancolía tiene vínculos y nexos directos con las crisis de carácter existencial, el sentido y el mundo.

de las más peligrosas en cuanto a devastación en los individuos se refiere, ya que puede llegar a ser de un grado tal que envenene toda posible satisfacción, haciendo de la infelicidad el rasgo característico de aquel que la sufre.

En la actualidad, se debate de manera incesante acerca de la denominada ley de la eutanasia. Al fin y al cabo, se trata de un suicidio asistido en circunstancias especiales. Esta ley ha sido aprobada en algunos países del mundo arrebatando la carga delictiva que suponía ayudar a un individuo en una situación muy desfavorable a terminar con el sufrimiento constante que soporta. Hume llega a una conclusión importante teniendo en cuenta estos dos escenarios, es decir, cuando se entiende el suicidio como crimen y cuando no. Expresado con sus propias palabras:

Si se admite que el suicidio es un crimen, solo la cobardía puede empujarnos a cometerlo. Pero si no es un crimen, solo la prudencia y el valor podrían llevarnos a deshacernos de la existencia cuando ésta ha llegado a ser una carga. (Hume, 1988, p. 133)

El suicidio no puede llegar a ser una ofensa contra uno mismo cuando lo que se pretende es actuar con compasión y cuidado⁵ hacia sí mismo. El valor y la prudencia que señala el filósofo inglés son valores a tener en cuenta que no permiten tomar como culpable a un individuo que necesita desprenderse de un dolor que lo está destrozando. Específicamente recogemos en este argumento a todos aquellos que no tienen una vida funcional, que el sufrimiento los ha transformado y no pueden resurgir, y a los que solo desean descansar después de largas luchas.

Por otro lado, cabe recoger en este punto uno de los argumentos en contra del suicidio más mencionados y que presentamos anteriormente a través de Séneca, esto es: el sufrimiento del suicida queda transferido a aquellos que lo rodean, específicamente a los que desarrollan amor hacia él. El suicida puede encontrar dentro de sí el valor para acabar con su existencia y obtener la paz, pero ¿hasta qué punto no realiza una ofensa ya no contra sí mismo, sino contra los que le aman? El duelo por la pérdida siempre lleva consigo sufrimiento, más si se ama a aquel que se marcha, entonces ¿cómo podríamos

⁵ Puede parecer contradictorio entender el suicidio como el cuidado de uno mismo, pero se quiere expresar el modo en el que se pretende evitar el sufrimiento prolongado del futuro. Cuidado como amor en proyección hacia y para uno mismo.

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

argumentar que no es una ofensa y un acto egoísta obtener la paz a cambio del sufrimiento de aquellos que le tienen tanta estima?

En relación a lo anterior, hemos visto al suicida como una figura que no ofende a Dios, la sociedad, ni a sí mismo, pero puede llegarse a la conclusión de que ofende a aquellos que le cuidan. Aquel que decide cometer el acto del suicidio no considera el último argumento que hemos expuesto porque el amor ya no es suficiente, es más, no lo percibe. Puede estar arrebatado por perder el amor⁶ de su vida, destruido por descubrir el absurdo de su existencia en una melancolía espiritual, o tener como prioridad sacrificarse en nombre de muchos para que se le recuerde con honor, pero en todos los casos mencionados el suicida olvida a aquellos que aman al que no puede amarse a sí mismo (no solo a su amor romántico), su existencia (no solo su sentido) y su realidad (no solo su triunfo).

3.4. Reflexiones finales

Sirviéndonos de Hume, junto con otros autores, se han presentado los diferentes argumentos que han condenado al suicida, específicamente: contra Dios, la sociedad y uno mismo. Cada uno de los diferentes planteamientos presentados como contraargumentos muestran que en el fondo aquellos que condenan al suicida son los que más ofenden aquello que pretenden defender.

De manera sintética, y a modo de resumen, encontramos que no existe una ofensa hacia Dios si se aprecia que su providencia tiene presente todos nuestros actos. Además, el verdadero insulto se da por parte de aquellos que piensan que el hombre tiene una posición especial en el cosmos y puede influir en los planes de la divinidad. Tampoco se da una ofensa a la sociedad debido a que el suicida puede llegar a estar realizando un beneficio con su partida, en tanto que permite que otro haga mejor su labor y aparta su propia mala gestión y productividad de la sociedad. Finalmente, tampoco se da una ofensa contra uno mismo dado que se pretende aliviar el dolor y el sufrimiento que carga el

⁶ Hacemos referencia a la *libido moriendi* que puede aparecer en la pérdida del ser amado.

individuo en su existencia a través del suicidio, aunque mencionamos que dicho sufrimiento se transfiere a aquellos que le aman.

Por otro lado, la visión cosmogónica contra la que argumenta el autor inglés recoge la presencia de la divinidad en un sentido activo, es decir, a través de su providencia actúa e influye en el mundo, teniendo como resultado la condena hacia el suicida. Sin embargo, a continuación, expondremos el desarrollo del planteamiento elaborado por el filósofo alemán Mainländer donde Dios ha muerto y ya no está presente. Con ello mostramos una visión diferente acerca del mundo y de qué manera se tiene en consideración a aquel que decide arrebatarse la vida y no permanecer en la existencia.

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

4. Mainländer. Filosofía de la redención: suicidio ante la ausencia de Dios

4.1. Ideas básicas de la obra

Philipp Mainländer es considerado generalmente como el mesías ateo, caracterizado por mostrar un mensaje de felicidad basado en la inmanencia y un pesimismo extremo. La confusión espiritual que se da en los hombres viene producida por el nihilismo y de alguna manera nace un sentimiento de cansancio o tristeza al tomar consciencia del sufrimiento y el mal.

Biográficamente Mainländer estuvo muy unido a su hermana y su madre, hasta que el fallecimiento de esta última le supuso una transformación importante. El autor por antonomasia que le influyó fue Schopenhauer y específicamente su obra magna: *El mundo como voluntad y representación*. De estas experiencias su propuesta acabará derivando en la castidad y la virginidad para acabar con el sufrimiento existencial. El filósofo alemán acabó por suicidarse, de modo que podemos ver que dicha solución entraba dentro de sus planteamientos filosóficos, tema que trataremos más adelante. Ahora bien, ni Schopenhauer como maestro ni Nietzsche como deudor y crítico de Mainländer aceptaban o contemplaban el suicidio como una vía satisfactoria para los problemas existenciales del hombre. El primero de ellos explica que el suicidio solo sirve para poder liberarse uno mismo de la vida concreta que le ha tocado vivir y en la que presumiblemente se están soportando condiciones desfavorables, aunque esta liberación no supone una auténtica huida del mundo, sino más bien al contrario; para Schopenhauer (2013): “Muy lejos de ser negación de la voluntad, ese fenómeno [el suicidio] supone una enérgica afirmación de la misma” (p. 461). Por otro lado, Nietzsche no considera que el suicidio sea una vía óptima, aunque sí lo tiene en cuenta. El filósofo alemán defiende una afirmación de la voluntad de vivir a cualquier nivel, derivando así a una ética fundamentada por la noción del *eterno retorno*. Incluso en las circunstancias más obtusas y dolorosas el hombre debe plantarse frente a ellas y elegirlas por sí mismas. En este sentido el suicidio sería una huida y representaría apartar la vista, cuando lo que se solicita de los sufrientes es que se mantengan firmes y deseen su sufrimiento de la misma manera que desean su dicha (Nietzsche, 2018).

Sin embargo, y volviendo a Mainländer, la redención que los hombres consiguen se da gradualmente a través de la historia, por ello el poeta reconoce que su filosofía es una continuación de los planteamientos de Kant y Schopenhauer. Los sistemas de ambos tienen un mensaje esotérico tanto cristiano por parte de Kant como budista por parte de Schopenhauer. No obstante, Mainländer aboga por un egoísmo depurado. El objetivo es librarse del sufrimiento, pero a diferencia de Schopenhauer y su propuesta donde defiende una universalidad de la voluntad, Mainländer aboga por una voluntad individual de vivir que empuja a cada cosa que existe a luchar unas con otras a diferentes niveles, produciendo de este modo lo que denomina *ley del dolor o sufrimiento universal* (Mainländer, 2020). Los tres niveles mencionados son el choque físico-químico, la supervivencia en los animales y la reflexión, el egoísmo, el deseo de dominar, o la razón que poseen los hombres que se encuentran en la cima de esta escala. Por otro lado, debe señalarse que nuestro autor considera al intelecto humano como el espíritu.

La *ley del dolor o sufrimiento universal* tiene un final preestablecido que lleva de forma inequívoca a la muerte absoluta, no entendida de manera particular respecto a la humanidad, sino abarcando todo el universo. ¿Qué es necesario para dejar de sufrir? La respuesta para Mainländer se encuentra en la filosofía, donde señala que los individuos sufrientes están conectados entre sí. Sin embargo, explicar esta unión se vuelve una tarea complicada, y ello se debe a que tendría que recurrir a explicaciones de carácter trascendental, acción que no puede tomar al estar comprometido con una férrea immanencia. Esa unidad que permite que todos los seres estén unidos es lo que denomina el filósofo y poeta alemán la unidad simple que es identificada con Dios. Existió antes de todo lo que conocemos, pero ahora ha desaparecido, por lo que la discusión sobre si Dios existe o no en la actualidad no tiene sentido: Dios existió, pero dejó de existir. De ahí que aparezca una de las citas más importantes de la obra, en la que posiblemente Nietzsche se inspiraría, si bien recreándola: “Dios ha muerto y su muerte fue la vida del mundo” (Mainländer, 2020, p. 134).

En este sentido hay que advertir que no nos encontramos ante un panteísmo, ya que estamos y existimos en el cadáver de Dios mismo. Dios se vio único y con todas las cualidades que podamos llegar a imaginar e incluso las que no, pero sintió una profunda soledad que le llevó a autodestruirse y morir (Mainländer, 2020). El acto divino fue el más radical; y hoy como individuos y creación que somos a partir de dicha unidad simple sentimos la misma angustia y la misma soledad que experimentó la divinidad, aunque en

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

menor medida. La angustia y el absurdo de la existencia, que han sido tratados por una variedad extensa de autores como Heidegger, Camus, Sartre o Simone de Beauvoir, son elementos que se estimulan o aparecen con más fuerza en los momentos de soledad más radical, como eco de la acción que permitió la posibilidad de toda la existencia.

Aunque debemos tener en cuenta que Dios no pudo pasar del puro ser a la nada absoluta, de modo que la realidad misma es el devenir y el proceso por el cual Dios se encamina hacia su destrucción. El planteamiento nos muestra que tras toda voluntad de vivir hay apegada una voluntad de morir que heredamos de la divinidad. Por ello las guerras y el sufrimiento total del mundo están justificados por tener un fin: el cual es cumplir el deseo de la unidad simple y primigenia que dio origen a la existencia. El dolor y lo negativo se vuelven elementos necesarios para que las fuerzas y voluntades de los diferentes niveles que hemos mencionado anteriormente se gasten de manera progresiva. El final del camino se nos presenta como paz y reposo tras tanta lucha y sufrimiento.

Más cercana a la propuesta nietzscheana, el modo de vivir efusivo es una buena opción contemplada en la filosofía de la inmanencia, de forma que el individuo puede agotar con mayor facilidad sus fuerzas. De ese modo reafirmamos que la voluntad de morir está tanto tras la voluntad de vivir como de la voluntad de poder.

No obstante, existe una distancia significativa entre lo que Mainländer expone y Nietzsche defiende posteriormente. En este sentido, Heidegger señala que la muerte de Dios a la que hace referencia Nietzsche es particular hacia el Dios cristiano (Heidegger, 2010). Sin embargo, en Mainländer la muerte de Dios aparece como el acontecimiento metafísico fundamental que está más allá de cualquier tipo de interpretación que pueda hacerse acerca del mundo. Las transformaciones características de Nietzsche que pasan por el camello, el león y el niño son juegos de palabras de una realidad restringida, es decir, de una forma determinada de interpretar el mundo. Con la evolución de la historia, y de manera específica a finales del siglo XX, observamos que el pensamiento nietzscheano comienza a perder fuerza, ya que la filosofía que se va alzando cada vez más en el tiempo en el que nos encontramos tiene como objetivo reflejar la amargura que caracteriza al pesimismo. Ante la propuesta de Nietzsche para crear ilusiones que nos hagan mantener la vida a cualquier precio, nos encontramos una humanidad agotada y sin fuerzas que ha perdido toda ilusión.

Si tuviésemos que señalar seguidores de Mainländer encontraríamos fundamentalmente a Emil Cioran. También Albert Caraco, Alfred Kubin, o italianos como Giuliano Campioni, Piercarlo Necchi, entre otros. La pulsión de muerte que puede encontrarse en el psicoanálisis de Freud también está influenciada por las ideas de Mainländer. Por último, para señalar un autor español encontramos a Pío Baroja y su obra *El árbol de la ciencia* donde recoge de manera muy ilustrativa las ideas planteadas por el filósofo alemán.

4.2. La física de Mainländer: El sufrimiento como movimiento y el destino del mundo

Lo que encontramos en el núcleo del ser de cada cosa que existe es la voluntad de vivir individual. Podríamos decir que el suicida no soporta esa voluntad de la que no puede escapar y, por tanto, toma como salida alejarse lo máximo posible de ella a través del arrebatamiento de la propia vida. La voluntad se da en momentos concretos, específicamente en las acciones, y estas implican movimiento.

Cuando la voluntad se mueve se produce una división. Si de esa división solo surge un ser que tiene irritabilidad, hablamos de las plantas; si además tiene sensibilidad, estamos ante animales; y finalmente si la voluntad sigue dividiéndose y es capaz de pensar conceptos nos encontramos al ser humano (Mainländer, 2020). Puede observarse cómo la fragmentación o división de la voluntad produce habilidades superiores, cuando en realidad podría pensarse que en su división acontecería un debilitamiento de la misma. La caída o agotamiento de la voluntad solo se da en la lucha y el enfrentamiento de una frente a otras. Más específicamente Mainländer define la voluntad de vivir en los siguientes términos:

También se puede definir la voluntad de vivir como un vivísimo impulso originario, ciego, que llega a ser cognoscente, sintiente y autoconsciente, por la diferenciación de su movimiento. (Mainländer, 2020, p. 101)

La esencia de la voluntad de vivir concreta la denomina el filósofo alemán *idea*; por lo que, habría tantas ideas como individuos encontremos. Físicamente la sangre se presenta como la auténtica voluntad de vivir, pero debilitada, ya que el organismo entero

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

sería la voluntad completa. La sangre es, para nuestro autor, el *daimon* que actúa en el hombre como el instinto en los animales.

La voluntad del hombre se caracteriza por estar encerrada y mostrada como egoísmo o egocentrismo. Esta volición solicita la existencia, pero de una manera determinada. La forma general de carácter o modo determinado de existencia es lo que denomina temperamento y este a su vez se subdivide en diferentes tipos.

Todos los hombres partimos de un sentimiento vital de carácter normal. En este estado la voluntad se encuentra satisfecha y en consecuencia no sentimos nada. El cuerpo está templado, por lo que todos los demás estados de la voluntad acaban por ser modificaciones de los estados originarios sosegados (Mainländer, 2020). Las principales modificaciones las producen las emociones: alegría, desesperación, amor, odio, etc. El amor y el odio son las emociones con más fuerza.

Mainländer expone del siguiente modo cómo experimentamos el amor, descripción que nos recuerda fácilmente a la *libido moriendi* de aquellos que no pueden soportar la existencia a causa de un mal amor o la pérdida del amante:

Lo comparo con un súbito arrebato desde el centro a la periferia, y supone un desbordamiento muy fuerte: las ondas se precipitan unas sobre otras, y forman remolinos. La voluntad querría romper su esfera y le gustaría llegar a ser todo el mundo. (Mainländer, 2020, p. 112)

Al fin y al cabo, el hombre amplía su individualidad en el amor mientras que el odio la restringe significativamente. El amor más explosivo y radical es el sexual, donde la voluntad se expande forzosamente y el sentido vital alcanza su culmen, dándole así la sensación de indestructible a aquel que lo experimenta. Si un individuo vive esta emoción y posteriormente encuentra un decaimiento será igualmente proporcional a la intensidad del primer momento de placer. El suicida en muchas de las ocasiones antes de decaer en la más profunda de las oscuridades ha intentado amar la vida, pero no ha encontrado nada dichosa en ella y tanto su mente como su voluntad lo han dirigido a terminar con su existencia. Podríamos decir que este tipo de amor otorga inmunidad aparente o momentánea frente al estado que sume al suicida en la desesperación, en otras palabras, otorgaría fortaleza ante la muerte. Mainländer lo expone del siguiente modo:

El individuo que está preso por el amor sexual soporta con gran constancia los dolores más grandes, hace cosas inusuales, aparta pacientemente los obstáculos de su camino, e incluso

no teme, bajo ciertas circunstancias, la muerte cierta, porque es puramente demoníaco y únicamente quiere pervivir en unión con otra determinada voluntad. (Mainländer, 2020, p. 114)

Este tipo de amor puede llegar a ser extremadamente peligroso. Eric Fromm en *El arte de amar* expone de manera particular lo que sucede cuando los individuos se dejan llevar por las ilusiones y espejismos que el amor sexual y la lujuria producen en ellos. La unión que se da entre sus voluntades no es más que un engaño que al destaparse deja a los individuos aún más alejados que antes y con una soledad más señalada. Esta soledad mencionada anteriormente como principio de exclusión del individuo ante el mundo podría ser el germen de un suicidio próximo. Así expone Fromm los riesgos del amor erótico⁷:

La atracción sexual crea, por un momento, la ilusión de la unión, pero sin amor, tal unión deja a los desconocidos tan separados como antes [...] Tienen la vivencia de superar la separatividad, pero, puesto que están separados del resto de la humanidad, siguen estándolo entre sí y enajenados de sí mismos; su experiencia de unión no es más que ilusión. (Fromm, 2020, p. 78)

Mainländer también explica cómo se da la llegada del hombre al mundo y de qué manera es su voluntad. La voluntad de vivir en la niñez es desenfrenada, puro impulso, pero esa voluntad encontrará otras que le pongan límites. Hay una lucha por existir de todos contra todos y en este punto es donde comienza el conflicto. De este modo la individualidad se desarrolla, pues o vence o es vencida y se debilita (Mainländer, 2020). Al final de la vida se encuentra la muerte, pero hay una forma de seguir viviendo y es rejuvenecerse a través de la reproducción y la descendencia.

Por otro lado, si buscamos el origen de todo el movimiento y en consecuencia de toda la existencia tendríamos que observar el primer movimiento. Este fue específicamente el paso de la unidad simple a la pluralidad, o, dicho de otro modo, el paso de lo totalmente trascendente a lo puramente inmanente. Este primer movimiento es el desmoronamiento de Dios y su máxima fragmentación (Mainländer, 2020). Todas las ideas que surgieron al comienzo y específicamente en nuestro planeta son las mismas que encontramos hoy gracias a un nexo genético, pero no tienen la misma esencia, puesto que

⁷ El amor erótico queda caracterizado como auténtico amor si encontramos en él ternura y cuidado hacia el otro individuo.

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

la fuerza ha perdido intensidad y hay un debilitamiento. Mainländer recoge la idea darwiniana de la supervivencia del más fuerte donde en el mundo orgánico los más fuertes permanecen en la existencia y a través de sus próximas generaciones pasan la información que les han permitido adaptarse; pero siempre más débiles en las futuras generaciones. En conclusión: “tanto en un caso como en el otro se sigue, como primera consecuencia, la pugna, la lucha, la guerra, y, en segundo lugar, el debilitamiento de la fuerza” (Mainländer, 2020, pp. 124-125).

Tras revisar el planteamiento de este autor puede encontrarse un problema, a saber: si la voluntad de vivir es el único principio del mundo, debe tener autonomía. Pero si es así, entonces no podría ser dinámica. Podríamos concluir que la voluntad de vivir no puede ser el principio del mundo. Si los individuos son independientes y sus voluntades no pueden influir entre sí, encontramos entonces autonomía. Ahora bien, los individuos no son independientes, dado que debe haber una sustancia simple que los active. Esta última opción es la que defiende la filosofía de la redención, ya que Dios es la sustancia que permite que los individuos tengan voluntad y puedan luchar entre sí en vistas a cumplir el plan de la divinidad.

Si se tiene claro que el mundo estuvo en algún momento en la unidad simple, y las voluntades individuales en conjunto se encuentran en el mundo, entonces no puede defenderse la independencia de los individuos. Ellos mismos eran (que no quiere decir que estuviesen como individuos) la unidad simple. Todas las ideas que están en el mundo tienen una acción recíproca universal, es decir, se interviene y transcurre en el mundo, pero ese transcurrir también afecta a su vez a las ideas o individualidades (Mainländer, 2020).

A raíz de estos desarrollos debemos, en opinión de Mainländer, afirmar que no cabe la libertad. El movimiento acaba por llevarnos a la necesidad, y si el mundo debe tener un sentido, entonces no puede existir la libertad. La unidad simple se movió por propia decisión (si es que se puede hablar en dichos términos), de modo que encontramos en el mundo de la pluralidad la necesidad y en la unidad simple, la absoluta libertad. El suicida no actúa a favor del plan de la divinidad, ya que su acto implica el fin de la lucha de su voluntad frente a otras, para así desgastar las fuerzas. Para pensar que se beneficia al destino del mundo se debe permanecer en la vida gastando lo máximo posible la voluntad mediante esa confrontación.

El autor alemán extrae dos conclusiones al tomar en cuenta el hecho de que, por un lado, Dios ha muerto, y, por otro, aparece la multiplicidad que se deriva de este primer acto. Dichas conclusiones las expresa con las siguientes palabras:

Tenemos, en primer lugar, un dominio puramente inmanente, en el cual, o detrás del cual, o sobre el cual, no hay ninguna fuerza [...] a modo de un oculto director de un teatro de marionetas, deja que las marionetas, es decir, los individuos, hagan esto o aquello. Luego, se eleva ante nosotros la verdad de que todo cuanto es existía antes del mundo en Dios. (Mainländer, 2020, p. 134)

En conexión con lo expuesto anteriormente acerca de la ausencia de libertad en el mundo se añade la no existencia de un director de orquesta que indique cuáles serán nuestros actos. Nuestras acciones son libres, pero su final siempre será dirigido hacia el debilitamiento de las fuerzas. De este modo puede mencionarse la existencia de una teleología en el mundo. La fragmentación fue el acto de la unidad simple, el primero y último de sus actos. Este acto marca a todos los individuos que se encuentran en la existencia permitiendo que las voluntades influyan unas sobre otras y estén dirigidas a cumplir el destino del universo.

Finalmente, ¿cuál es el destino del mundo? El poeta alemán lo explica así: “El mundo es indestructible, pero la suma de fuerzas que en él se contiene se debilita continuamente, en el avance de un movimiento sin fin” (Mainländer, 2020, pp. 135-136). El suicida es un individuo que no soporta la carga del destino del mundo, porque a través de su sufrimiento y del fin real del universo completa el deseo de Dios. Su sufrimiento es medio para alcanzar un fin y ante ese absurdo decide acabar con su papel dentro del mundo. Todo aquel que toma consciencia de su aparente libertad y del absurdo del sufrimiento (en tanto es útil únicamente para la divinidad, pero no para él mismo) está condenado a sumirse en estados de decaimiento que atraviesen su existencia, llegando al límite donde se arrebata a sí mismo todas sus posibilidades futuras.

4.3. Metafísica de la inmanencia: Dios, la muerte y el hombre

Respecto a Dios solo puede enunciarse que existió, pero dejó de existir. Qué era o de qué tipo de ser se trataba no puede saberse. Además, su reposo era absoluto, ya que el movimiento lo habría dividido tal y como hizo al originar todo el universo. Si se afirma

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

la existencia de Dios, también debió tener una esencia de la que tampoco podemos mencionar nada.

No podemos comprender ni tener conocimiento del acto que Dios realizó porque nuestras facultades inmanentes no lo permiten. Ahora bien, en la multiplicidad sí podemos obtener dicho conocimiento, debido a que detrás de cada acto encontramos una voluntad individual y un motivo suficiente que lleva a actuar de un modo concreto (Mainländer, 2020).

La voluntad y el espíritu son principios característicos de la inmanencia, por ello no podemos otorgárselos a Dios. Aun así, debemos adjudicar a Dios de manera provisional voluntad y espíritu y tomar la creación del mundo como si hubiese sido acto de voluntad motivado. Dios se encontraba con su autoconciencia y su esencia. Por lo que si pensamos en la libertad de Dios⁸ solo puede concebirse una posibilidad, a saber: o permanecer como estaba o no ser. La divinidad solo podía tomar un acto posible y de forma totalmente libre, pues no se encontraba coaccionada. Mainländer (2020) nos está señalando que la única posibilidad de Dios era “aniquilarse y dejar de existir” (p. 266), es decir, suicidarse.

Hay una analogía que se puede establecer entre el acto divino y el acto del suicida en el mundo. El suicida puede llegar a pensar que no existen más salidas para su sufrimiento, su voluntad está tan desgastada y su espíritu tan corrupto y oscuro que solo ve viable una acción dual: o permanecer en la existencia o suicidarse. Todas las posibilidades que se le ofrecen en el mundo quedan reducidas a dicha dualidad. De modo que ante esta angustia de no poder soportar seguir en la misma situación encontramos un suicidio de carácter existencial y no de tipo heroico o amoroso.

Ahora bien, si Dios es omnipotente puesto que su poder no estaba limitado por nada y quería introducirse en la nada absoluta, ¿por qué no se desvaneció sin más?, ¿por qué tuvo que surgir el mundo y la pluralidad regidos por una lucha incesante entre las voluntades? El problema podría llegar a resolverse si se encontrara el obstáculo que impidió que Dios pudiera aniquilarse por completo.

⁸ Específicamente como *liberum arbitrium*.

Para ello, hay que especificar que la omnipotencia no pone límites respecto a la exterioridad de Dios, pero dicha cualidad no afectaba de manera intrínseca a su propio poder. En otras palabras: no podía aniquilarse a sí mismo. Dios podía ser como quisiese, pero no podía cambiar su esencia y de ello debe deducirse que no tenía la misma capacidad para ser que para no ser. Así puede localizarse el obstáculo que impedía desvanecerse: “Dios era un supra-ser de reposo absoluto de un determinado modo y no podía por sí mismo no ser” (Mainländer, 2020, pp. 267-268).

En este sentido hay una cualidad que tienen los hombres de la que carece Dios. Plinio en su *Historia natural* remarca esta idea:

Pero los mayores consuelos para la naturaleza imperfecta del hombre son que ni siquiera Dios lo pueda todo, pues no puede darse muerte aunque quiera (que es el mayor don que concedió al hombre en tantas calamidades de la vida). (Plinio, 2018, p. 161)

La divinidad para dejar de ser tuvo que debilitarse progresivamente a través de la multiplicidad y el desgaste de las voluntades en una incesante lucha. El hombre individual a través del suicidio puede arrebatar su existencia de manera tajante. El hombre puede dejar de ser de modo y manera más sencilla que Dios.

Podría pensarse que tras la voluntad del hombre se encuentra la voluntad de vivir, pero una vez hemos señalado el plan teleológico y la dirección del mundo descubrimos la voluntad de morir como predominante. La meta final de la voluntad de morir se dará cuando todos los elementos contenidos en el universo estén listos para ellos, explica Mainländer (2020): “El universo no puede convertirse en nada hasta que la totalidad de la suma de fuerza contenida en él no esté madura para la muerte” (p. 271).

Lo que sucede en el hombre, a diferencia de las plantas y los animales, es el ocultamiento de la voluntad de morir. Esto tiene como consecuencia que se incrementa el temor a la muerte y a su vez el amor por la vida. El hombre al conocer la muerte gracias a los otros permite que a través de la razón y la imaginación pueda ver todos los posibles peligros que lo lleven a ella. El amor a la vida se incrementa porque los intereses también aumentan como el honor, la riqueza, el poder, entre otros. El hombre olvida su verdadero destino y, por lo tanto, “la voluntad pierde completamente de vista, y del pensamiento, su fin, y se aferra solo al medio” (Mainländer, 2020, p. 276).

Por otro lado, la figura del filósofo o pensador ve claramente el fin de la existencia tal como se ha ido exponiendo. Ante ello anhela la muerte profundamente y decide tomar

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

el mejor medio que tiene a su disposición: la virginidad. Podría pensarse que el suicidio es la vía más óptima, pero no es así en tanto que se dejaría de servir al propósito de debilitamiento de la voluntad como hemos explicado anteriormente.

La voluntad de morir y la voluntad de vivir no son contradictorias, sino que tienen entre sí una relación. El hombre puede decidir darle más prevalencia a una o a otra, pero el fin siempre será el mismo. Así puede afirmarse que optimismo y pesimismo no son contradictorios. El optimista no está preparado para la muerte y tiene hambre de vivir, pero el segundo sí está listo e incluso descubre e interioriza que la virginidad es el mejor de los medios para dicho fin (Mainländer, 2020).

El suicida es una figura que lucha en exceso y finalmente es condenado. Huye de la muerte dándole rodeos hasta que los caminos se van estrechando y es ahí, al final de la estrechez, donde acaba por mirar a la muerte a los ojos consiguiendo la paz.

La filosofía de la inmanencia no condena al suicidio porque no está de suyo condenar ningún comportamiento. Aun así, la ética de la filosofía de la redención propone a los cansados y hastiados de la vida que se entusiasmen por el transcurso del mundo. El filósofo alemán da un criterio para aquellos que estén exhaustos: “Aquel que, cansado de la vida se plantea ¿ser o no ser? Ha de sacar los motivos a favor y en contra solamente de este mundo” (Mainländer, 2020, p. 292). Aquel que valore el suicidio como vía debe tener en cuenta que una vez se introduce en la nada no le pertenecerá ningún estado, es decir, su voluntad queda destruida.

Por consiguiente, los planteamientos de la filosofía de la inmanencia inducen a la muerte, pero consumada de diferentes modos y formas. El suicidio es una vía más que no debe juzgarse si se toma por algún individuo que no pueda soportar más el teatro que supone el mundo.

Por otra parte, Mainländer expresa la síntesis que supone cómo se relacionan libertad y necesidad en el mundo y cómo acaba afectándonos:

Finalmente, ahora se reunifican la libertad con la necesidad. El mundo es el acto libre de una unidad premundana; pero en él domina solamente la necesidad, porque, sino, nunca podría alcanzarse la meta. (Mainländer, 2020, p. 294)

Nuestras acciones acaban por ser libres y necesarias al mismo tiempo. Libres en el plano trascendente donde las elegimos por sí mismas y necesarias porque dichas

decisiones se realizan en el mundo. Si lo focalizamos al acto suicida encontramos una acción libre que de una manera u otra acaba necesariamente siguiendo el curso del plan que comenzó la divinidad al origen del surgimiento de la multiplicidad.

Todos los planteamientos presentados pueden llegar a estar impregnados de generalidades que poco o nada satisfacen al suicida. Este solo quiere apartar el sufrimiento de su vida y no necesariamente tiene por qué estar padeciéndolo. Las crisis de la existencia más profundas vienen marcadas por un vacío y un silencio tenue que se va gestando dentro del suicida. La filosofía de la redención, al fin y al cabo, da al igual que muchas otras doctrinas un sentido. Por ello es importante que se haya señalado este planteamiento donde Dios ya no es juez de nuestros actos, pero se acaba por actuar para favorecer su llegada al no ser.

La visión opuesta hemos podido presentarla en Hume, es decir, encontramos en el autor inglés una lucha contra un Dios vivo que juzga y condena al suicida. Observando sus contrargumentos a la institución eclesiástica y la doctrina cristiana complementamos la propuesta de Mainländer. Dos planteamientos frente al suicida: uno, el que acabamos de exponer, donde Dios no está presente y un segundo donde de manera aparente el Creador juzga y condena a aquellos que no pueden soportar la existencia.

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

5. Conclusiones

El trabajo realizado nos permite de alguna manera comprender de forma más integral que debemos deshacer el estigma que se tiene hacia el suicida y el suicidio en sí, es decir, no tomarlo como una banalidad ni sostener argumentos como los que hemos ido exponiendo para rebajar su credibilidad, acusar y señalar u olvidar la importancia que posee la problemática.

Se ha mostrado una visión genealógica a grandes rasgos de cómo el suicidio ha ido tratándose a través del pensamiento y la literatura. La actitud general ha estado con frecuencia dirigida a una negativa por ver el suicidio como una vía respetable como respuesta al sufrimiento. En la Antigüedad se va contra términos importantes dentro de las escuelas predominantes del momento, aunque como se ha presentado se mencionan algunos casos excepcionales en los que, si bien no se llega a defender el suicidio, se respeta el llegar a darse muerte uno mismo, sea bien por heroicidad o por estar arrebatado y atravesado por las flechas de Cupido. Este inicio histórico detractor del suicidio no hizo más que enfatizarse en la Edad Media con las tesis eclesiásticas que encontramos en ella, hasta que con la llegada del Renacimiento podemos encontrar un aumento de la libertad, un desarrollo prolífico del humanismo y su exaltación de la razón humana que asumen mucho mejor el suicidio e incluso lo intensifican. Además, el momento es especialmente importante porque se comienza a realizar el trasvase de verdugo a víctima del suicidio a ojos de la sociedad y los pensadores del momento. Posteriormente a ello el Romanticismo representa esa época histórica que tiene en su base los principios renacentistas desarrollados; es más, Goethe como figura a destacar puede considerarse una síntesis entre lo clásico (entendido como Antigüedad) y lo moderno. Finalmente, en la Modernidad encontramos la posición hacia el suicidio que llega hasta nuestros días: muchos autores defienden el suicidio a causa del nihilismo y la presencia del absurdo de manera tan irruptora, pero la actitud más común es tomarlo como una vía más que no debe ser juzgada, aunque hay alternativas preferiblemente mejores.

Por otro lado, con el objetivo de ayudar a quitar la visión negativa que se le ha ido atribuyendo al suicida hemos presentado los planteamientos de dos autores que de algún modo nos hacen comprender cómo el suicida no está cometiendo ningún acto que conlleve una mala acción. Lo específico de contraponer a Hume y Mainländer reside en articular un contraste entre un escenario donde Dios aparece de manera activa o presente

y otro distinto donde ha muerto (aunque su muerte marque el destino del mundo). Consideramos que estos temas han sido de crucial relevancia e influencia a la hora de tomar al suicida como culpable o víctima de sus actos.

En lo que refiere a Hume se exponen los motivos por los que el suicida no ofende a tres de los grupos que se han considerado por la tradición eclesiástica como insultados por el acto del suicidio. Los grupos mencionados han sido la divinidad, la sociedad y el individuo mismo. Respecto a la divinidad ofrece dos argumentos fundamentales, a saber: Previamente hay que tener en cuenta cómo el hombre ha perdido su libertad por la influencia y debido a la superstición que toma como objeto a la divinidad para restringir las acciones de los hombres. Por ello se explica que primero, las acciones que toman los hombres están contempladas en la providencia de Dios, y segundo, el hombre se ha creído demasiado importante en el mundo hasta el punto de poder llegar a actuar en el plan que Dios ha creado para el mundo, cuando en realidad no es tan importante. Con estos argumentos Hume expone cómo los que comúnmente atacan al suicida son en realidad los que ofenden a Dios al pensar que el propio suicida puede llegar a interferir en el plan del mundo, además de la misma manera ofendería aquel que quiere vivir férreamente, o argumentar como se ha comentado que Dios en realidad no ha previsto sus acciones.

Respecto a las ofensas a la sociedad se explica que el suicida no ofende, sino que más bien beneficia en tanto que ya no está siendo útil y provechoso para la sociedad, es más puede estar llegando a perjudicarla. Si por su dolor no puede llegar a ejercer su tarea de manera eficiente sería mejor para la sociedad que otro individuo tomara su lugar. Por último, en referencia a las ofensas sobre uno mismo se presenta el suicidio como un acto de amor propio, aunque parezca del todo irónico. Lo que se pretende es no alargar el sufrimiento, liberarse del dolor y no seguir soportando a futuro una carga que está siendo demasiado pesada. En este sentido, hacemos una excepción y rescatando a Séneca nos situamos contra la explicación que ofrece Hume en este punto, ya que el suicida no tiene en cuenta que con su partida su dolor queda transferido a aquellos que le aman, y lo que es peor, su dolor no solo se transfiere y se fragmenta en aquellos que le tienen aprecio, sino que multiplica el sufrimiento en el mundo. Cada dolor que sentirán dichos individuos es total e íntegro y no una parte del dolor que cargaba el suicida. Por ello, debemos señalar que es algo que debe tenerse muy en cuenta, y de alguna manera, muchos suicidas en potencia prefieren mantenerse en el mundo porque no quieren hacer sufrir aquellos a los

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

que quieren, que de algún modo incluso pueden formar y conformar su sentido de la existencia.

Finalmente, nos servimos de los planteamientos de un autor no muy conocido como es Mainländer para dar una visión del suicida con unos planteamientos diferentes a los de Hume. Uno de los términos fundamentales como es la ley del sufrimiento universal explica de forma efectiva la mayoría de situaciones que el autor nos presenta. Esta ley rige el mundo por el sufrimiento que se da en forma de lucha incesante entre las voluntades individuales de los sujetos, sirviendo al desgaste de las mismas con el fin preestablecido por la unidad simple (Dios) antes de la creación del mundo.

Encontramos una justificación del sufrimiento debido a que el mundo tiene un sentido concreto que dirige y conduce a los individuos que en él se encuentran. De igual manera tampoco cabe la libertad, ya que las acciones de los hombres están condicionadas por la voluntad de Dios. Aunque debe hacerse un matiz: necesidad y libertad se conjugan en este planteamiento, es decir, hubo libertad en el momento en el que Dios existía, pero posteriormente en el mundo hay necesidad, a pesar de que las acciones que tomemos en él sean libres. Lo que se quiere señalar es que tienen una dirección particular.

El suicida no soporta esa lucha incesante, tampoco su voluntad de vivir que se ve turbada por las emociones, siendo el amor y el odio las que más la desestabilizan. De modo que en realidad descubrimos que la voluntad de morir (que motivó a Dios a dejar de existir) es la que está a la base de todos los planteamientos y acciones de los hombres, en conexión genética con Dios al haber pertenecido a la unidad simple antes de la existencia del mundo.

Por todo lo anterior, aquellos individuos que deciden suicidarse no son condenados por Mainländer, pero sí reconoce que al cometer dicha acción dejan de servir al destino del mundo ya que no podrán luchar con otras voluntades para seguir desgastándose de manera progresiva. En este autor que ha sido presentado encontramos un Dios que ya no existe en el mundo, sino que este es su propio cadáver en descomposición, y en sus razonamientos encontramos una visión diferente a la que nos ofrecía Hume, pero afirmando y siguiendo la misma idea, es decir, tomar el suicidio no como un acto reprochable sino comprendiendo que haya sujetos que no puedan soportar las reglas que rigen el mundo.

Con todo ello, se espera haber podido lograr los objetivos que se exponían en un principio. Traer a juicio y presentación la problemática del suicidio como uno de los problemas fundamentales y más complejos que debemos tener en cuenta en nuestro tiempo, y a su vez limpiar la imagen del suicida exponiendo diferentes argumentos de distintos razonamientos que nos iluminan para desechar algunos prejuicios que han estado arraigados a esta figura desde el origen del pensamiento en Occidente.

Dios y la figura del suicida: una aproximación a los planteamientos de Hume y Mainländer

6. Bibliografía

Aristóteles. (1995). *Ética Nicomaquea* (Julio Pallí Bonet, trad.). Gredos.

Camus, A. (2018). *El mito de Sísifo* (Esther Benítez, trad.). Alianza.

Dante, A. (1922). *La divina comedia* (Bartolomé Mitre, trad.). Centro cultural Latium.

Frankl, V. (2019). *El hombre en busca de sentido*. Herder.

Fromm, E. (2020). *El arte de amar* (Noemí Rosenblatt, trad.). Paidós.

Goethe, J.W. (2010). *Las penas del joven Werther* (Berta Via Mahou, trad.). S.L.U Espasa Libros.

Heidegger, M. (2010). *Caminos de bosque* (Helena Cortés y Arturo Leyte, trad.). Alianza.

Hume, D. (1988). *Sobre el suicidio y otros ensayos* (Carlos Mellizo, ed. y trad.). Alianza.

Locke, J. (2019). *Segundo tratado sobre el Gobierno Civil* (Carlos Mellizo, trad.). Alianza.

Mainländer, P. (2020). *Filosofía de la redención (y otros textos)* (Manuel Pérez Cornejo, trad.). Alianza.

Montaigne, M. (1998). *Ensayos II* (Dolores Picazo y Almudena Montojo, ed. y trad.). Cátedra.

Montesquieu, F. (1997). *Cartas persas* (Teófilo Sanz, trad.). Cátedra.

Nietzsche, F. (2018). *La gaya ciencia* (Juan Luis Vermal, ed. y trad.). Tecnos.

– (2019). *Crepúsculo de los ídolos* (Andrés Sánchez Pascual, trad.). Alianza.

Platón. (1983). *Fedón* (Luis Gil, trad.). Orbis.

Plinio (2018). *Historia natural* (Ana M.^a Moure Casas, trad.). Gredos.

Schopenhauer, A. (2013). *El mundo como voluntad y representación I* (Pilar López de Santamaría, trad.). Trotta.

- Séneca. (1986). *Epístolas morales a Luicilio* (Ismael Roca Meliá, trad.). Gredos.
- Shakespeare, W. (2008). *Romeo y Julieta* (Laura Campillo, trad.). Biblioteca virtual Miguel de Cervantes.
- Tomás de Aquino. (1990). *Suma de Teología parte II-II (a)* (Ovidio Calle Campo, Lorenzo Jiménez Patón, Luis Lago Alba, Martín Gelabert Ballester, Alberto Escallada Tijero, Herminio de Paz Castaño, Emilio García Estébanez, trad.). Biblioteca de autores cristianos.
- Virgilio. (2019). *Eneida* (Rafael Fontán Barreiro, trad.). Alianza.
- Voltaire, Ch. (2007). *Diccionario filosófico* (José Aerean Fernández y Martínez Drak, trad.). Akal.
- Zambrano, P. & Fernandez, M^a. R. & Losada, M. & Navarro, E. (2006) Literatura y suicidio: breve historia del debate. En Alfar (eds.), *Estudios sobre literatura y suicidio* (pp. 14-43).